

Hace tres días se conmemoraba el 90 aniversario de la proclamación de la II República Española. Hoy, por su edad, ya estaría a salvo, pero entonces no existía ninguna vacuna contra el mortal virus del fascismo que como una ola ya se propagaba rápidamente por Europa.

En la jornada del 12 de abril de 1931, buena parte de los ciudadanos españoles decidieron apostar fuerte por cambiar su destino, pero el destino es caprichoso y apenas cinco años después se tornaría trágico, quizás porque a los tahúres no les gusta perder la partida y no dudan en recurrir a las trampas o ejercer la violencia para terminar ganándola.

Dos días después, la verdadera España que madruga confirmaba su victoria, pues eran las seis y media de la mañana del martes 14 de abril, cuando la recién elegida corporación municipal de Eibar izaba la bandera tricolor y proclamaba la República.

En realidad, el pueblo de Madrid, de Barcelona y de las principales ciudades de España llevaba dos días festejando el triunfo en las elecciones municipales de las candidaturas republicano-socialistas. Hombres, mujeres, obreros, estudiantes y profesionales se mezclaban en las calles cantando el Himno de Riego. Hasta la clase media daba la bienvenida a la República ante la *“desorientación de los elementos conservadores”*, como escribió unos años después José María Gil-Robles, uno de los grandes líderes de la derecha española.

El pueblo era consciente de que había acabado con la inoperante y corrupta monarquía que mantuvo al país en el subdesarrollo, el oscurantismo y la opresión al servicio de los privilegiados. Aquellas elecciones municipales habían sido un plebiscito que decidió en contra de la monarquía. Los partidos republicanos ganaron en 41 de las 50 capitales de provincia. Sólo en muchas zonas rurales el caciquismo había logrado mantener un ficticio apoyo a un sistema que pretendía fosilizar la condición de súbditos de sus ciudadanos.

A la Monarquía española la derrumbó su insolidaridad y su nula voluntad para ofrecer al pueblo una transición desde un régimen oligárquico y caciquil a otro reformista y democrático. Lo demuestra el hecho de que en la movilización por la República confluyeron viejos conservadores que abandonaron al rey, republicanos de toda la vida, republicanos nuevos, socialistas convencidos, comunistas y hasta anarquistas. Todos ellos depositaron en las urnas un voto, pero cuando estas se abrieron lo que salió de ellas fue un soplo de viento fresco dispuesto a desalojar el rancio hedor de la podredumbre que viciaba el aire de los despachos de los ministerios, las alcobas de palacio, los cuartos de banderas de los cuarteles, los salones de muchos cortijos y de tantas y tantas sacristías preconciarias.

La República llegó como una borrachera de entusiasmo desbordante, ilusionando a las masas, como un *“maravilloso sueño convertido en venturosa realidad”*, como diría el insigne pedagogo de la Institución Libre de Enseñanza, Manuel Cossío, semanas después de la proclamación de la República. Y hasta sus más furibundos detractores reconocieron que *“La República era obra del pueblo”*, como escribió uno de sus más entusiastas asesinos, el entonces capitán general de Madrid, Gonzalo Queipo de Llano.

La misma noche del 14 de abril Alfonso XIII salía rumbo a París, hacia un exilio dorado, pero ya había dejado en el nido vacío, listo para ser incubado, el huevo de la serpiente.

Ya su ministro de fomento, Juan de la Cierva, propuso recurrir a las armas para evitar la quiebra de la Monarquía, pero el propio rey consideró que las elecciones revelaban que ya no tenía el amor de su pueblo, en un momento en que las monarquías cotizaban a la baja tras la desaparición de los Imperios Centrales tras la Primera Guerra Mundial y a él, al contrario que a Víctor Manuel III en Italia con Mussolini, la apuesta por su el modelo de dictadura monárquica le había salido rana con la figura de Primo de Rivera.

El 9 de diciembre de 1931, una nueva Constitución certificaba que España era una república legítima, y un pueblo en pie estaba dispuesto a ponerse en marcha en la tarea de cambiar el rumbo del país, olvidar de una vez los apagados brillos de su hacía mucho tiempo extinguido imperio, ahogar el fantasma de su destino trágico y ponerse manos a la obra para devolver la dignidad a unas gentes que durante demasiado tiempo regaron sus tierras con su sudor y su sangre en beneficio de los privilegiados. El siempre sometido pueblo español se había convertido en una ilusionada furia en movimiento.

Pero desgraciadamente la II República no había nacido en buen momento. Europa arrastraba la pesada carga de la crisis económica provocada por la Depresión del 29; la desesperanza favorecía el acceso al poder de los totalitarismos fascistas; y los poderes fácticos se apresuraban a proteger sus privilegios alfombrándoles el camino. Esos mismos poderes fácticos, en España, no estaban dispuestos a tolerar que aquellos, a los que despectivamente denominaban el *populacho*, conquistaran derechos ni impulsaran el más mínimo cambio en un país que consideraban su coto privado, en el que medraban a sus anchas señoritos y caciques, nobles trasnochados, corruptas familias de financieros e industriales, militares cuartelarios, una jerarquía eclesiástica que parasitaba al Estado y una burguesía acomodada y acomplejada, conservadora y rentista.

Frente a ellos, la República emprendió la más ingente y fructífera tarea que la historia de España había visto en materia legislativa como base del cambio y modernización del país. La nueva Constitución garantizó la libertad de expresión y de reunión, instauró el sufragio universal al reconocer el derecho de voto a las mujeres (antes que Francia, Bélgica o Italia), legalizó el divorcio, anuló los privilegios nobiliarios, reconoció los derechos de los hijos, hubieran nacido o no dentro del matrimonio, eliminó la figura penal que castigaba la homosexualidad, colocó por primera vez a una mujer como ministra de un Gobierno en España, y –ya durante la guerra– aprobó la primera ley que regulaba la interrupción voluntaria del embarazo.

Pero la República no se detuvo ahí, y pronto demostró su decidido espíritu reformista. No se trataba sólo de blanquear la fachada, sino de remover los cimientos y las estructuras del país. En los dos primeros años se acometió la organización del ejército, la separación de la Iglesia del Estado, se emprendió la Reforma Agraria, se tomaron medidas radicales y profundas para mejorar los salarios de las clases trabajadoras, la protección laboral y la educación pública.

En este sentido la República impulsó como nadie la educación, una educación universal, libre, mixta, pública y laica, que interfería en uno de los grandes negocios de la Iglesia, pero que logró elevar las tasas de escolarización desde el 56% en 1931 al 70% solo cuatro años después. Se construyeron 10.000 nuevas escuelas y se contrató a 7.000 maestros. Las llamadas Misiones Pedagógicas llevaron el cine, la música, los libros y el teatro a las zonas rurales, en las que vivía más de la mitad de la población española.

Se intentó poner el énfasis en todo tipo de reformas, pues se quería sacar cuanto antes a España de su atraso secular y forzar el ritmo del cambio económico y social, teniendo claro que para ello había que arrumbar cuanto antes las viejas cadenas y abrir las puertas a la regeneración material y moral del país.

Pero sus enemigos no estaban dispuestos a concederle nada, ni un solo día de gracia, ni tan siquiera el beneficio de la duda, y desataron desde el primer momento una furiosa resistencia. El golpe de estado de julio del 36, que desencadenaría la Guerra Civil, fue de hecho fruto de una larga y concienzuda conspiración, que se inició ya la misma tarde del 14 de abril de 1931, concretamente en casa del Conde de Guadalhorce y a la que asistieron José Calvo Sotelo, José Antonio Primo de Rivera o Ramiro de Maeztu.

Pero no convenía a los conspiradores dar pasos en falso, por eso el primer levantamiento militar contra la República no llegó hasta el 10 de agosto de 1932 con el intento de golpe de estado de Sanjurjo. La sublevación fracasó, pero el general se exilió en Portugal, donde siguió conspirando con los generales que prepararon la sublevación del 36.

La República entonces cometió un gran error: alimentar el enfrentamiento interno entre los que consideraban prioritario desarrollar y concluir el programa de reformas para democratizar el país y consolidar las libertades y derechos conquistados, y los que pusieron el énfasis en la urgencia de la ruptura total, forzando e imponiendo la revolución económica y social. Esto la debilitó, y de su división sacarían provecho sus enemigos, que pronto comenzarían a agitar el fantasma de la revolución bolchevique como excusa para acelerar su operación de acoso y derribo a la República.

Es difícil precisar el entramado de la conspiración que, desde el primer momento, sus enemigos empezaron a hilar contra la República. Para Ángel Viñas, la clave de la conspiración se encuentra en una visita que Antonio Goicoechea –jefe de Renovación Española– hizo a Mussolini en octubre de 1935,

pidiéndole dinero para seguir sufragando las actividades subversivas de la ultraderecha, en nombre de la Unión Militar Española y de su propio partido, en el que el ínclito José Calvo Sotelo ya brillaba con luz propia.

En aquella entrevista el ultraderechista le espetó al Duce: *si las izquierdas vuelven al poder, nos sublevamos*. Poco después, el general Manuel Goded, confirmó al presidente Niceto Alcalá-Zamora un mensaje parecido: *el Ejército no podía consentir que el poder fuera a parar a manos de las izquierdas*.

Unos meses después, el triunfo electoral del Frente Popular ponía en marcha la conspiración definitiva encabezada por los militares: Mola, Sanjurjo, Franco, Goded, Queipo de Llano...; y apoyada por grupos políticos como los carlistas de Fal Conde o los falangistas de José Antonio Primo de Rivera.

Desde ese momento quedó claro que el objetivo de los sublevados no era sólo forzar el cambio de rumbo de país, ni tan siquiera vencer a sus adversarios ideológicos, sino simplemente destruirlos, hacer hincar la rodilla a los que quedaran, restaurar sus propios privilegios e instaurar en el país la *paz de los cementerios*.

Ya lo ordenó Mola: *hay que eliminar sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros*, dijo. Y no supuso gran problema, pues entre sus más distinguidos seguidores se contaban auténticos fanáticos en el arte de amenazar, amedrentar, violentar el ánimo, manipular, incitar al odio y asesinar.

Por eso, y desde el primer momento, las víctimas no lo eran tanto de la guerra como de la salvaje y sistemática represión que desató el bando sublevado. Y ésta continuó tras el final de la Guerra, pues no sólo no cesaron los fusilamientos y ejecuciones, sino que además se multiplicaron los condenados a largas penas de reclusión como presos políticos, cumplidas en cárceles, campos de concentración y trabajo (hasta 1942), batallones disciplinarios... Muchos de ellos murieron de hambre, frío, agotamiento o enfermedad.

Pero también existió una represión administrativa (purga de funcionarios republicanos), educativa, religiosa, económica (multas, incautaciones, embargos...), laboral (despidos e inhabilitaciones) y cultural. Puede hablarse también de una represión especialmente dirigida contra la mujer, de profundo componente machista y encauzada a humillar y vejar a las mujeres.

Además, la Guerra Civil también estuvo plagada de niños que nunca crecieron, de niños robados, de niños exiliados, de muchos que quedaron huérfanos o padecieron hambre, de adolescentes que nunca llegaron a madurar, de otros que perdieron su inocencia combatiendo en el frente o aterrizándose en retaguardia, y de terribles historias de menores que fueron fusilados y -como los adultos- arrojados a fosas comunes.

Cuando la guerra terminó el miedo a morir se apoderó de los vencidos. No en vano, bajo el amparo de la llamada Ley de Responsabilidades Políticas, durante los años inmediatamente posteriores al final del enfrentamiento bélico fueron fusiladas casi 165.000 personas.

Hoy en día seguimos teniendo el triste honor de ser el segundo país del mundo, después de Camboya, que sigue manteniendo mayor número de fosas comunes. ¡Y todavía hay quien piensa que la labor de la Memoria Histórica no es necesaria!

Entre medias, 40 años de dictadura y de adoctrinamiento, cuyas inercias, sumadas a un régimen democrático posterior que quiso pasar página estrangulando en buena medida la memoria histórica, casi han conseguido que se olviden los grandes logros sociales que tuvieron lugar durante aquel periodo. Antes bien, el falso relato sigue vigente, dibujando al de la República como un periodo oscuro y violento, justificando así la intervención militar para liquidarlo. Pero no bastaba con utilizar -como siempre- la manipulación y la mentira. Había que ir más allá, y para que en el futuro no sirviese de ejemplo, había que asesinar y enterrar su recuerdo, había que silenciar y sepultar a sus protagonistas, había que hacer desaparecer la verdad y extender sobre ella un oscuro manto de pesado silencio encadenado al miedo.

Y de ahí resultó una larga noche, en la que muchos -aun hoy- no quieren encender la luz para disolver las tinieblas. Y a la noche le siguió un nuevo día, donde en nombre de la convivencia, y una mal entendida concordia, se permitió la continuidad de muchas estructuras de la dictadura, mientras todo

recuerdo y reivindicación de la República era silenciado, adjudicado a unos pocos rojos nostálgicos y condenado al ostracismo, mientras hoy va ganando terreno la recuperación de la hipotética y patética bondad de una dictadura que sólo supo mantenerse con la represión, el terror y el genocidio.

Los muros que hoy nos sirven de escenario son mudo testigo de ello. Ya es hora de recuperar la verdad, y con ella, dar de nuevo voz a nuestros muertos. Porque después de tantos años ya no serán otra cosa que polvo y calavera, pero su figura sigue clamando justicia y libertad, pues como dice el poema:

Le quitaron la vida y lo pusieron debajo.
Lo taparon con una larga sábana sombría.
Lo dejaron allí, lo abandonaron,
ya que le habían quitado la agonía,
la esposa, el hijo tierno, los caminos,
la libertad, la joven alegría,
los latidos del pecho, la palabra,
el pueblo doloroso a quien quería,
el dosel de las nubes, la fragancia de los montes volando con la brisa,
los sudores del cuerpo enamorado,
la mirada profunda y extendida,
la generosidad desparramada,
los clamorosos labios de su herida,
su vocación de hermano de su hermano,
Le robaron lo que pudo haber sido:
la ancha vida que no pudo vivir,
que le arrancaron para dejarlo inmensamente muerto,
muerto por siempre en esta tierra fría.
Y corre el viento en este extraño abril,
azota las paredes y las tumbas,
las campanas sin lengua,
las campanas que no se han conmovido, que enmudecen en la altura,
más cerca de este cielo que ni siquiera llueve su tristeza.
Y corre el viento, aúlla como un lobo,
suelta sus patas,
dice por el campo una larga palabra desvalida.
Y no contesta nadie este gemido
por lo que nos quitaron,
y desnudo quedó sin sueños, como no nacido.
Y el perro rabioso, después de tantos años, no suelta su presa
sino que va con su lengua lamiendo los barbechos apagados,
se cansa, vuelve allí, donde descansa
quien nunca se cansó de ser tan nuestro.
Se detiene en esta tumba, gruñe odiando,
muerde con saña la tierra
y deja que el silencio extienda su mortaja.

Y todo vuelve a quedar en soledad, se apaga.

Pero siempre clama el recuerdo y queda flotando el eco de algún verso.

A continuación tenéis el poema completo y su referencia

Cuando más corre el viento por la Tierra,
cuando más se atropella por el día
y por la noche más se desespera
golpeando las puertas y ventanas
con su ronco gemir y desconsuelo,
pusieron bajo tierra una figura
de rostro consumido, tan serena
como un lento crepúsculo de estío.
La pusieron debajo. La taparon
con una larga sábana sombría.
La dejaron allí, la abandonaron
ya que le habían quitado la agonía,
la esposa, el hijo tierno, los caminos,
la libertad, la joven alegría,
los latidos del pecho, la palabra,
el pueblo doloroso a quien quería,
el dosel de las nubes, la fragancia
de los montes volando con la brisa,
los sudores del cuerpo enamorado,
la mirada profunda y extendida,
la generosidad desparramada,
los clamorosos labios de su herida,
su vocación de hermano de su hermano,
lo que pudo haber sido: la ancha vida
que no pudo vivir, que le arrancaron
para dejarlo inmensamente muerto,
muerto por siempre en esta tierra fría.
Y corre el viento en este fin de marzo,
azota las paredes y las tumbas,
las campanas sin lengua, las campanas
que no se han conmovido, que enmudecen
en la altura, más cerca de este cielo
que ni siquiera llueve su tristeza.
Y corre el viento, aúlla como un perro,
suelta sus patas, dice por el campo
una larga palabra desvalida.
Y no contesta nadie este gemido
por lo que nos quitaron, y desnudo
quedó sin sueños, como no nacido.
Y este perro rabioso, con la lengua
lamiendo los barbechos apagados,
se cansa, vuelve allí, donde descansa
quien nunca se cansó de ser tan nuestro.
Se tiende en esta tumba, se detiene,
muerde la tierra, deja que el silencio
extienda su mortaja.
Y todo queda en soledad, se apaga.

Sólo clama el recuerdo.

*Gabriel García Narezo, «Bajo una larga sábana sombría», en **Homenaje a Miguel Hernández**, presentación y antología por María de Gracia Ifach y Manuel García. Barcelona: Plaza & Janés, 1978, pp. 109-110.